



ABRAZADO A LA MASA





ABRAZADO A LA MASA

LAS CATACUMBAS DEL PUEBLO

Recuerdo muy claramente el día que salí de prisión, 26 de marzo de 1994. Era Semana Santa del '94 y allá, en Los Próceres, en los monolitos, una de las primeras preguntas que me hizo algún periodista fue algo así como esto: “¿Y ahora usted adónde va?” Recuerdo haber dicho: “Me voy a las catacumbas del pueblo”. Y desde entonces nos fuimos. No es que me voy, porque en verdad uno nunca anda solo, aunque a veces el desierto aprieta, el sol encandila y la arena se recalienta. Jamás uno anda solo, aunque a veces lo pareciera. Pero nos fuimos por las catacumbas del pueblo.

Recorrimos soledades, recorrimos caseríos, de día, de noche, bajo la lluvia, bajo el sol, con poca gente o con mucha gente, no importa, pero con una bandera en alto, con un proyecto largo, con un camino abierto y abriéndose hacia el horizonte. Y ese camino aquí nos lleva. Es el mismo rumbo para que salgamos de las catacumbas, para que salgamos de los abismos, para que hagamos una Venezuela verdaderamente nueva.

Dicen en el llano: “¿Pa' dónde vas a coger tú con esa pata hinchada?”. ¿Pa' dónde voy a coger yo, pues? Lo entendí el día que salí de la cárcel. Yo estaba muy nervioso ese día, se los confieso, nervioso. ¿Qué será de mí ahora, Dios? Habíamos planificado una rueda de prensa en Los Próceres, y un grupo de amigos puso

una mesita allá, un micrófono y unos periodistas. Venía yo muy asustado, se los confieso. Me quité el uniforme. Lloré allá en el samán y el roble, en mi querida alma máter. Me puse un liquiliqui claro y salí.

Los compañeros militares me trajeron en una camioneta y me soltaron ahí; “Bueno, comandante, suerte”, me dijo un capitán de la Policía Militar, quien era el jefe de la escolta de aquel preso que era yo. Él me permitió, incluso caminar, porque yo estaba como que no quería salir. “Déjame bajarme aquí”, en el gimnasio de la academia me bajé. “¿Y qué va a hacer, mi comandante?”. “No, déjame caminar por aquí”. Y me fui pa'l campo de béisbol, recordé muchas cosas. Ya como a la media hora me dijo: “Mi comandante, vámonos. Me está llamando mi general”. “Bueno, vámonos”, pa' evitarle problemas al capitán. Pero yo quería como merodear por ahí no sé cuánto tiempo.

Me monto y enfilamos por Los Próceres rumbo a la alcabala que está ahí, y ahí me bajé. Un capitán, un soldado, el otro soldado, un abrazo. Y cuando volteo, lo que viene es una avalancha sobre mí, una avalancha, compadre. Lo vi clarito, dije: “Dios mío, y ahora qué hago yo”. Tumbaron la mesa, el micrófono, ahí había una moto, se cayó; un soldado se atravesó diciéndoles que se pararan, lo tumbaron, el fusil rodó por allá. Yo rodé, me rompieron el liquiliqui. Ahí entendí mi destino.

CON MI CHIVO PA' CARACAS

Recuerdo una noche que llegamos a Coro. No había nadie, no se convocó a nadie. No, que detuvieron a las tres personas que estaban haciendo unas pintas. No, que metieron preso a dos que estaban haciendo un volantico en no sé qué liceo en un multígrafo. Nadie se enteró que venía Chávez. Bueno, era un domingo y había

como veinte personas en la plaza y me fui a la plaza a ver a Bolívar, y se reunieron; yo me encaramé en un banquito.

Y había un bendito borracho que repetía todo lo que yo decía. Recuerdo que dije: “Vámonos todos a una marcha para Caracas”. Andábamos llamando a una marcha que nunca se dio, de esos sueños que uno tiene. Yo decía: “En carro, en burro, en chivo”. Y entonces decía el borrachito: “Yo me llevo mi chivo pa’ Caracas”. Tenía que tener una paciencia, vale.

BORRACHO POLÍTICO

Hay un estado de la borrachera, un estado, digamos, no tan avanzado, en que los borrachos dicen verdades. Entonces recuerdo dos expresiones de borracho que se me grabaron, dos expresiones políticas, borrachos políticos, pues. Uno, aquella vez que fui a La Habana por primera vez. Conocí a Fidel; me sorprendió esperándome en la puerta del avión y nos dimos aquel primer abrazo. Aquí casi todos los periódicos titularon con la foto a color, y dijeron los politiqueros esos: “Ahora sí es verdad que se acabó Chávez”. Yo estaba saliendo de la cárcel y habían hecho muchos esfuerzos por liquidarme moralmente: “el asesino”, y no sé cuánto más. Me acusaron de cuanta cosa se puede acusar a un ser humano y dijeron: “Ahora si es verdad, lo mató Fidel”, “Chávez con un tiro en el ala”, primera plana y televisión. Y repetían la cosa creyendo que con eso me iban a hacer daño.

Regresé aquí a Caracas dos días después. Teníamos aquella oficina, por ahí por el centro, en el edificio Inorca. Eso era en el ‘94. Llegamos y agarramos un taxi en Maiquetía para Inorca. Andaba conmigo el teniente Isea. Yo con mi liquiliqui verde que no me lo bajaba. Estaba flaquito, vale, pasando hambre. Era de noche, como 15 ó 16 de diciembre. Entonces, me bajo del carro y venía

un hombre por la mitad de la calle, pero borracho. Él venía volando ahí con su pea, se topa conmigo y me dice: “Tú te pareces a Chávez”. Yo le digo: “Soy Chávez, ¿cómo está, hermano?”, y le doy la mano. Cargaba una botella en la mano y casi no podía hablar. “Chávez, Chávez” y siguió en sentido contrario al que yo iba. Pasaron como dos o tres segundos, él daría dos pasos si acaso, y yo dos más, y oigo el grito del borracho: “¡Chávez!”. Yo volteo: “¡Ajá!, dime, ¡cuidado si te caes!”. Levantó como pudo el brazo con la botella y, ¿sabes qué dijo?: “Chávez, ¡Viva Fidel!” Eso es lo que los politiqueros como ellos no conocen: la idiosincrasia de nuestro pueblo. Más bien me hicieron un favor de tanto pasar la foto.

El otro borracho que recuerdo, fue un día, ¡con un sol! Iba Cristóbal Jiménez, que era candidato a gobernador. Íbamos entrando a caballo en Guasdalito. Marisabel, entonces mi esposa, montaba una yegua muy trotona. Íbamos entrando a caballo y mucha gente a pie, pero era un sol reverberante, y un mediodía llanero de esos de atrinca. Eso fue un desbordamiento de gente por todos lados con camisetas rojas. Entonces yo voy en el caballo y un señor iba caminando, pero borracho. La seguridad lo iba apartando porque se atravesaba y el caballo lo empujaba, pero él insistía, parecía otro caballo más. Llegamos a la Plaza Bolívar de Guasdalito y yo no le perdía el ojo al hombre, preocupado porque lo podía atropellar un caballo.

Él miró para todos lados y lanzó una expresión, una grosería que no la puedo decir, empieza por “c”, tiene cuatro letras y una “ñ”. Vamos a suponer que fuera “caramba”. El dijo: “¡Caramba, se acabaron los adecos!”. Pero fue como un grito de liberación, fue como un grito de ¡se acabaron!, chico, por fin, como que era imposible.

LA CALAÑA

Los indígenas decían por allá en el Alto Orinoco, que el alcalde de la zona –yo no sé quién es, ni cómo se llama, ni de qué partido es, ni estoy hablando mal de él–, estoy repitiendo lo que me decía la gente, los indígenas. Me decían, por cierto, que en la campaña electoral, el año pasado, el alcalde de aquella zona y los adecos andaban por los ríos llevándoles comida. Entonces les hablaban de un tal Chávez, fíjate tú esto. Testigo fue monseñor Ignacio Velasco, el arzobispo de Caracas, que trabajó muchos años por allá. Tenía cinco años sin ir, yo le invité y tuve el honor de ser acompañado por él, allá con los indígenas yanomami.

Bueno, resulta que los adecos, esa calaña de gente se regó por esos ríos y ¿sabe lo que le decían a los indígenas?, que había un tal Chávez, “el golpista”, que quería ser Presidente, y que si Chávez llegaba a Presidente les iba a abrir la barriga por la mitad. Incluso me lo dijo: “Todavía estoy asusta'o, ¿usted es Chávez?”. “Sí, yo soy Chávez”. “Toy asusta'o”, me dijo un cacique. “No se asuste, venga acá, deme un abrazo. Los que le han abierto la barriga a ustedes, los que les han sacado el alma, los que les han destrozado el alma, son esos señores, la calaña esa que durante medio siglo acabó con Venezuela”. Pero hasta eso llegaban a decirle a la gente, que yo les iba a abrir la barriga por la mitad, que a las mujeres embarazadas les iba a sacar los muchachitos. Fíjate tú, una cosa macabra, digna de la calaña del “adecaje” que acabó con Venezuela.

¡ES EL INFIERNO AQUÍ!

Como siempre, está la masa del pueblo y yo me echo encima de la masa, me abrazo con ella, sudo con ella, lloro con ella y me consigo. Porque allí está el drama, allí está el dolor, y yo quiero sentir ese

dolor, porque sólo ese dolor, unido con el amor que uno siente, nos dará fuerzas para luchar mil años si hubiera que luchar contra la corrupción, contra la ineficacia, y por el bien de un pueblo que es un pueblo noble, digno, valiente como el pueblo venezolano.

No hay que buscar mucho para conseguir la tragedia. Ayer, una mujer con su hijo en brazos –esto es increíble, pero es cierto– al niño lo operaron mal hace no sé cuántos meses y tiene abierto el abdomen. Ustedes no me van a creer esto, pero yo lo vi con estos ojos. La señora anda con su niño con una bolsa plástica pegada a su vientrecito flaquito, y están las vísceras en la bolsa. ¡Es el infierno aquí!

Yo veo aquel cuadro dantesco y otro niño más atrás, también en brazos de la madre, y la cara desfigurada por aquí. La quijada por un ladito ahí y la cabeza desfigurada. Creo que un caballo le dio una patada y le fracturó la quijada, se la abrió en dos. Se le curó sola, porque la madre no consiguió quién lo atendiera. Entonces está deforme el niño, tiene como dos quijadas. Eso está pasando aquí delante de alcaldes, de gobernadores, de presidentes, de médicos, de todos.

SUS OJOS EN EL ALMA

Ayer yo lloraba abrazando a un niño impedido mental. Estaba llorando. Él, desde que nació, está así y no tiene una silla de ruedas, chico. Tenía un gran dolor, que yo lo levanté, en medio de la multitud, porque ya está grande y gracias a Dios le saqué una sonrisa, Dios me permitió sacarle una sonrisa, cuando le dije que le íbamos a dar una silla de ruedas que tenga un pito, una corneta, que va a ser como un carrito. Él no me quería mirar. Cuando le dije eso, me miró; sus ojos se me quedaron grabados en el alma. Y le dije: “Va a ser una silla rápida, va a correr rápido pero va a

tener frenos y tú vas a aprender a manejar tu silla, eso va a ser un carrito”. Aquel niño empezó a reír y a mirar para arriba, Dios mío. Yo le pido a Dios y a todos ustedes que nos unamos, porque ¡no puede ser! Aquí se han robado tanto y se sigue gastando tanto en viajes, en fiestas, en no sé qué cosa, y allí están los niños impedidos mentales que no tienen una silla de ruedas y, ¿qué van a ir a la escuela?, ¿con qué? Si ni siquiera tienen a veces para comer.

UN ANGELITO

Recuerdo el caso triste de un niño que finalmente murió. Un niño al que conocimos Marisabel y yo el 24 de diciembre de 1998. Un muchacho, cuarto bate de un equipo de béisbol. Había perdido una pierna, lo llevamos a La Habana y pasó tres meses allá con su mamá. Fidel fue conmigo a visitarlo cuando estuvimos en enero de 1999. Estaba feliz. Hay una foto jugando al béisbol. Pero no había nada que hacer. Era una enfermedad terrible. Finalmente vino a morir aquí y hoy es un angelito.

No olvido su sonrisa, sus ojos, su foto de cuarto bate, pero no se pudo hacer más nada. Cosas de Dios, decimos nosotros los católicos. Un muchacho grandote, sano se veía. De repente, un día dio un batazo, iba corriendo por segunda y se cayó, le dolía mucho una rodilla. Por ahí comenzó un cáncer en los huesos. Él me contaba y el papá contaba que tenía dolores, pensaban que era del juego. Y los médicos en Cuba decían que si se hubiese hecho exámenes un año antes, a lo mejor se hubiese actuado a tiempo. Pero cuando ellos actuaron ya aquí le habían cortado una pierna. Y allá no pudieron hacer más nada, había avanzado mucho la enfermedad. Cuántos niños pierden la vida porque no hay prevención, no hay atención. No sólo eso, sino cuando se le descubre una cosa grave tampoco se le atiende, porque no puede pagar.

Anuncio algunos de los detalles, y esto va a ser muy importante para nuestro pueblo. Voy a utilizar mucho el avión presidencial para enviar a Cuba a venezolanos. Será todos los meses. ¿A qué? Bueno, allá los operarán y no nos van a cobrar nada, les vamos a pagar con un porcentaje o algo de petróleo o de derivados del petróleo. Eso es parte de los acuerdos que vamos a firmar dentro de pocos días con el buen amigo y tremendo líder de América Latina, que se llama Fidel Castro.

GÉNESIS

Es como aquella niña. ¡Ay!, aquí la llevo. Se llamaba Génesis. Un día, en un acto, me llegó corriendo entre el público. Creo que fue en el Poliedro. Fue y me abrazó. Ella tenía un cáncer en el cerebro. Y me dicen que no le queda sino un año de vida. ¿Qué hago yo por esta niña, Dios? Ella me regaló una bandera, allá la tengo y la tendré conmigo hasta el último día de mi vida, porque esa bandera es ella que está conmigo. Ella me dijo: “Chávez, toma mi bandera”. ¡Ah! ¡Qué dolor cuando supe la realidad! Hablé con Fidel y le hicimos un plan. La mandé pa’ Cuba con la mamá. La pasearon, la hicieron pionera. “Seremos como el Che”, dijo. Yo tengo hasta el video. Fue feliz hasta el último día de su vida. ¿Ve?, ¿qué más uno puede hacer? Es un angelito que anda por ahí cuidándonos. Allá está hecha bandera y aquí está hecha vida, Génesis.

ESA FRENTE TE PALPITA

La Misión José Gregorio Hernández, ese es otro gran secreto, un gran misterio y resulta que en este momento deben estar miles, y sobre todo gente joven, visitando casa por casa a las personas con

discapacidad, muchas de las cuales estaban condenadas allá, en el último cuarto de la casa, a vivir toda su vida acostados. Ahora muchos de ellos están caminando, estudiando o recibiendo implementos para poder desplazarse, una silla de ruedas, etcétera. Un niño sin brazos ya salió pa' Cuba. El carajito salió pa' Cuba, compadre ¿Te acuerdas del niño sin brazos? Yo me consigo por todos lados cosas que, ¡ay, Dios mío!

Una vez en Sabaneta pa' dentro, en donde yo nací, se me ocurrió meterme por un camino después de un "Aló Presidente", como "pa' relajá" el alma buscando sabana. Llanero busca sabana. "Vámonos por la sabana", le dije a unos compañeros. Yo manejando, me metí por unos caminos que yo recordaba de toda mi vida. Desde que era niño no me metía por ahí. Llego a una casa, me bajo y sale la gente. "¡Chávez, mira!" Y viene un niño, un catirito avispa'íto así y una foto. La muchacha, la mamá y el papá. Era campo adentro, campo y unas vacas. De repente veo al niño y le veo algo raro en la frente. "Muchacho, esa frente te palpita. Ven acá, ven acá". Le toqué con cuidadito así y entonces me entero. El papá me cuenta que, cuando era más chiquitito, un caballo lo pateó: ¡pa! Está vivo de milagro, le destrozó todo esto, medio lo arreglaron ahí y le cosieron, pero le dejaron el cerebro palpitando detrás del pellejo, sin hueso. Cualquiera golpe, cualquier accidente y el cerebro estaba allí desprotegido. Éste es el hueso más duro que uno tiene o uno de los más duros, ¿no?, el frontal, para proteger el cerebro, pues la naturaleza es sabia. Bueno, pa' Cuba se lo mandé a Fidel. ¡Ay! allá está, ya es un caballerito, le pusieron ahí una prótesis para protegerlo.

Por allá conseguí otros niños, por un llano de Apure. Me paré a saludar a una señora que estaba en la orilla de una carretera. Veníamos de San Pablo Paeño y veo a un niño ya grandecito, un correlón. Ahí cargábamos unos refrescos y yo le digo en la camioneta: "Miren, muchachos, están sudando, ¿quieren un fresco?".

“Sí”, y le paso la latica de un fresco. Cuando el agarra la lata siento algo raro en las manos. “¡Epa!, ven acá, ¿qué tienes tú en las manos?” Las manos las tenían pegadas como los batracios, el sapo, los dedos pegados, las dos manos y llamo a la mamá: “¿Qué le pasó a este muchacho?” Cuando era bebé, ella en la cocina, el hombre pa'l campo y tres o cuatro muchachos; había una candela prendida en el patio, una basura que estaban quemando. Se le fue el niño gateando. ¡Ay!, se metió, pues, y le quedaron ahí pega'o los deditos y él chillando; ella salió corriendo y ya las manos quemadas ¡Pa' Cuba lo mandé! ¡Ah, si lo vieran ahorita agarrando pelota y todo!

¡CHÁVEZ, MÁNDAME PA' CUBA!

Estuvimos en La Habana en una visita relámpago y muy provechosa. Esa visita a La Pradera y tener contacto durante varias horas junto al presidente Fidel Castro, amigo y hermano, con ese grupo de venezolanos, quienes han ido allá a recibir atención médica de alta calidad, y además en forma totalmente gratuita y con sus familiares.

Nos conseguimos a aquel niño de Elorza; ese niño estaba horriblemente quemado, desfigurado, y un brazo inmovilizado porque se le quemó. Lo encontramos allá en el Fundo Zamorano Santa Rita, entre el tierrero, la gente y los caballos. Llegó corriendo con el bracito en alto, no podía moverlo. Me abrazó con el otro y dice: “¡Chávez, mándame pa' Cuba!” Ese mismo día lo agarramos con su familia, lo trajimos en el Camastrón con la gente de seguridad y lo mandamos a atenderse a La Habana. Y allá me lo conseguí. ¿Saben qué hizo? Me abrazó. “¡Chávez, mira!”, movió el brazo. “¡Mira, Chávez, mira el brazo!”. Y en el rostro ya le hicieron una primera cirugía, van por fases. Ya se le ve rostro, y los ojos que no se le veían.

En La Pradera nos encontramos mujeres de todas las edades, muchachitos, gente con problemas muy delicados; gente muy joven, militares, civiles. Los pobres nunca tuvieron quien les atendiera sus dolores, sus pesares. A veces, enfermedades que se convirtieron en tragedias sin tener por qué serlo, solo porque estaban excluidos y esto es lo que vosotros, sabios oligarcas, no entendéis. Algunos tienen allá un año, algunos se fueron postrados y ya están caminando, dando los primeros pasos. Como ese otro niño, quien se está recuperando; le había dado una meningitis, y está vivo casi de milagro.

PARA LOS POBRES, NADA

Este caballero que fue operado anteayer en ese hospital de campaña por el Plan Bolívar 2000, tenía veintisiete años con una hernia. Me dijo: “Yo sentía que me iba a reventar por dentro”. Es un herrero, tiene un galpón de herrería y, por supuesto, enfermo y desempleado. Ya hicimos unos planes para activar ahí una microempresa. Vamos a apoyar para que este hombre salga de ahí sano, y a trabajar con su esposa, su familia, sus vecinos. Pero lo cierto es que llevaba veintisiete años con una hernia que le iba creciendo.

También unos ancianos que ya no podían orinar. Imagínense ustedes la tragedia de un hombre que llegue a los sesenta, ochenta y no pueda orinar por aquella dificultad, me comentó uno de ellos con una sonrisa, pero feliz; hasta cantó unas canciones. Yo le dije: “Tú no sabes una”. Cantamos una canción ahí: “Traigo polvos del camino...” Se la sabe completa. Ochenta años tiene ese hombre y me dijo así calladito en el oído: “Chávez, yo no podía ya orinar”. Y tenía una hernia en un testículo que ya no podía ni caminar, chico. Y yo le pregunto: “¿Y cuánto tiempo tenías tú así?” “Bueno, como diez años”. Imagínense, haber pasado toda una vida luchando,

trabajando y llegar a esa edad para cargar una cruz tan pesada. Quiero dar gracias a Dios que nos permite ayudar a tanta gente pobre y necesitada.

Y un joven que tuvo un accidente automovilístico hace dos años, desde entonces andaba pendiente de una operación. Resulta que lo habían operado pero quedó casi igual, porque es que tenían que ponerle una prótesis y ayer se la colocaron. Una prótesis que trajeron de Barquisimeto y se la colocaron a un hombre joven que me dijo: “De aquí salgo como un caballo a seguir luchando, trabajando y defendiendo la causa, la Revolución”. Ese es el Plan Bolívar.

Ahorita acaba de salir un señor en la esquina cuando veníamos. Anda con un poporo aquí, pero un poporo grandote, gigantesco. María se ríe, así decía mi abuelita: “Muchacho, tienes un poporo ahí”. Es una inflamación. Aquí en el llano le decimos poporo. Bueno, él me sale así: “Chávez, mira cómo estoy”. Bueno, hemos conseguido gente con poporos, gente sin piernas, gente sin brazos, por todos lados, gente enferma.

Hace poco me llegó una señorita llorando, con una cabellera muy linda. Pero se tapaba la cara de medio lado porque se quemó. Hay que operarle su cara. Ella tiene derecho a ser feliz, a abrirse su cabellera, a sonreír y a vivir plenamente. Ya deben haberla operado, una cirugía plástica. Claro, los pobres no pueden. Afortunadamente los que tienen dinero sí pueden y se hacen sus cosas, se arreglan la nariz, se ponen así, qué sé yo. Pero nosotros los pobres, nada.

ORFEÓN UNIVERSITARIO

El 3 de septiembre de 1976, siempre lo recuerdo porque perdí varios amigos, varias amigas, una de ellas muy querida, compañera de

bachillerato, de esa edad tan bonita de los quince, de los dieciséis. Era Coromoto Linares Pinzón, de la muy linda ciudad de Barinas, por aquellos años '69, '70, '71. Era el 3 de septiembre de 1976, día que cayó aquel avión venezolano de la Fuerza Aérea en las Azores. Ahí se fue todo nuestro Orfeón Universitario, con su director y con sus voces. No hay 3 de septiembre que no recuerde esa tragedia. Nos habíamos visto semanas antes con un grupo de amigos que cantaba en el Orfeón, con algunos de ellos hacíamos reflexiones políticas. Coromoto estudiaba Farmacia, estaba ya por graduarse, era de ese grupo, de allá de Cheo Rodríguez. Morela era su hermana mayor, su padre Abraham –el poeta Linares–, su madre, allá en su casa de la avenida Mérida, donde íbamos a estudiar matemática, historia. A veces amanecíamos estudiando, sobre todo en tiempos de julio para los exámenes finales.

Eran los días de aquella película “Las fresas de la amargura”. Recuerdo que con Coromoto fuimos una vez a ver esa película en el cine Verdi. Era una de las primeras películas con Charles Bronson. A ambos nos gustaban mucho las de Charles Bronson. “Alguien detrás de la puerta”, “Visitantes en la noche”. Vaya mi sentimiento y mi recuerdo desde el alma y la de todos nosotros a las voces que no se fueron. Se quedaron cantando con nosotros, el Orfeón Universitario y a su director, el maestro Vinicio Adames.

Ese septiembre de 1976 recuerdo que veníamos muy alegres de San Cristóbal con el teniente Arleo Espinoza, manejando un Camaro “envenenado”. Éramos subtenientes; habíamos jugado béisbol en San Cristóbal. El Batallón de Barinas ganó el campeonato de béisbol de San Cristóbal, de todos los batallones de la División de Infantería. Veníamos de allá, y yo: “Arleo, no corras tanto que está lloviendo”. “No, que este es un Camaro cauchos anchos”. Agarramos una curva a mitad de camino entre San Cristóbal y Barinas, y de repente nos conseguimos una laguna. ¿El Camaro? ¡Mentira!, ¡qué cauchos anchos ni qué nada! Nos encunetamos, recuerdo que dijo

Arleo: “¡Cónchale, otra vez!” “¿No te dije que no corrieras tanto, Arleo?” Veníamos todavía con el uniforme de béisbol del Batallón Cedeño de Cazadores, y el radiador roto.

Nunca se me olvidará que me paré en la carretera y le digo: “Quédate aquí, ¿tienes la pistola?, yo me llevo la mía, voy hasta el batallón a buscar la grúa”. Estaba como a una hora de Barinas, así que empezamos a parar la cola. Se detuvo un señor de Barinas en una camionetita; me conocía. “Chávez, ¿qué tal?”. “Arleo, cuídate, yo vengo con la grúa”. Íbamos hablando el señor, la familia y él prende la radio, Radio Barinas: “Última hora. Un avión cayó en las Azores”, y dan la lista de los muertos, Coromoto Linares. “¡Ay, ay, no puede ser, Dios mío!”, entre tantos dolores de un accidente aéreo en la isla Terceira del archipiélago de las Azores, Portugal, murieron los muchachos. Las causas reales del drama jamás fueron plenamente reveladas. Contó el gobernador de las Azores que había mal tiempo y los muchachos tenían que hacer una escala allí. Era un Hércules de la Fuerza Aérea. El piloto se equivocó de isla. Tenía que aterrizar en Santa María, que es la pista internacional donde siempre aterriza el “Camastrón”. Se fueron a la otra isla que está más allá, con una pista pequeña y no pudieron. Se metieron contra la oscuridad, que se los llevó. Un recuerdo, pues, para los muchachos. ¡Viva el Orfeón Universitario!

¿POR QUÉ NO LE DA LA CARA?

En una ocasión andaba en mi burra negra, aquella camioneta que tuve. Me la robaron, y yo dije: “La necesitaba más que yo”. Eso fue en la Universidad Central de Venezuela. Para mí que fue la DISIP de entonces, que andaba detrás de nosotros y yo era precandidato. Dejamos la camioneta estacionada dentro de la UCV y cuando regresamos, se la habían llevado.

Entonces en esa otra ocasión andaba en esa camioneta un día por ahí, por el este de Caracas, en una esquina por Chuao, donde está el semáforo. Del lado izquierdo de mi ventanilla veo un carro lujoso y una dama muy elegante. Y ahí llegaban niños pidiendo. Qué dilema tan grande, un niño al lado, ahí en tu ventanilla, y uno lo que quiere es decirle algo, pero está la cola y el semáforo. Entonces o tú te bajas y agarras el niño, te lo llevas y hablas con él, cosa que a veces no hay tiempo por la dinámica de los días, o le das algo. Yo le di algo al niño. No me gusta, pero lo hice.

Vi a la mujer del carro de al lado. ¿Saben lo que hizo con otro niño que estaba ahí? Como su vidrio era de botones, pues el vidrio sube rápido y ella le subió el vidrio, estoy seguro que sin intención. Pero lo hizo y después se puso tan nerviosa que puso en peligro hasta la vida del niño. Le agarró la mano con el vidrio, después no encontraba qué hacer y el niño gritando ahí. Yo me bajé, le he armado un lío a aquella señora. El chamo halaba la mano y aquello pudo al menos haberle roto los huesitos. El niño quería sacar la mano y no podía, y yo le grité: ¿Por qué usted no puede darle la cara al niño?, ¿por qué le va a cerrar el vidrio así tan feo? Luego ella reconoció, se calmó y se fue.

LOS TRES REYES MAGOS

Nos fuimos al hospital J. M. De los Ríos en una revista imprevista. Apenas nos bajamos del vehículo, le digo a Elías que iba conmigo: “¡Mira, fíjate!, ¿qué es aquello?” Un bojote inmóvil y una cobija verde clara cubriendo el bojote, en toda la acera de enfrente del hospital de niños J. M. De los Ríos. Teníamos que ir directamente al hospital, pero dije: “¡No, no!, vamos a ver qué es eso. ¿Qué gente está ahí?”. Los pies sobresalían de un bojote. Empezamos a llamar:

“¡Epa, ¿quién está ahí?” Y se levanta alguien rápido, se sienta, un gordito, un gordito negrito: “Somos los niños de la calle, Chávez”. ¡Ah, los niños de la calle!

Durmiendo tres niños amontonados en la acera sobre unas cajas de cartón, que ellos abren y las colocan así como si fuera un colchón. Ahí se acuestan los tres y se arropan con una cobija prestada de alguna casa de al lado. ¡Los niños de la calle!, un regalo de los Reyes Magos. Eran como los tres Reyes Magos esos muchachos. Entonces hay uno que no se quería levantar y lo llamaba su hermanito. Uno tendrá como diez años, el más pequeño; el gordo tendrá unos trece, y el flaco más largo como catorce. Ahí estaban, amanecieron en la acera. Y hablamos un rato con ellos. Son habladores, no se fueron corriendo, se sentaron ahí: “Chávez, ¿qué hubo?”, “¿cómo estás?”. “¿Cómo está Fariñas?” Me preguntaron por William Fariñas. ¡Ah, William!, me dio mucha alegría que los niños preguntaran por ti. Porque yo sé que tú te la pasas por ahí con ellos y ayudando. “Bueno, mira, ¿y tu papá y tu mamá?” “No, mi mamá nos botó de la casa”. “¿Te botó de la casa tu mamá?”. ¿Quién sabe cuál será el problema y la tragedia? Pero, lo cierto es que allí estaban esos tres niños.

Ahora el regalo es que anoche yo pude convencerlos de que se vinieran conmigo, porque ahí estaban, ¡imagínense, ustedes!, sin bañarse, sin comer, en la calle. Y anoche estábamos ahí, la vicepresidenta, un grupo de ministros, cuando me dice el teniente Andrade: “Aquí están los muchachos, tiene visita”. Los tres muchachos, bañaditos, vinieron y comieron. El gordo andaba con una franela amarilla reluciente y una sonrisa de oreja a oreja. Pero me llamó la atención la manera desinhibida con que esos muchachos hablan con cualquiera. “Vicepresidenta, ¡ah, mucho gusto!”, y un beso. “Mire, le presento aquí al doctor”. Alegres, y bueno: “Chávez, queremos oír música, ¿por qué no pones música aquí?”. Y yo le digo: “¿Dónde está la música?”. “Aquí lo que

estamos es trabajando, chico, para ver cómo arreglamos el país y lo seguimos arreglando”. Un diálogo con ellos y al rato se fueron.

Están aquí por un día, por dos días, mientras los ubicamos. Bueno, ése es el regalo que me trajeron ayer los Reyes Magos, tres nuevos amigos y son magallaneros. Le dije al gordo, que es el líder, a Musulungo, que me ayude a buscar a los demás. Él me dijo: “Yo sé donde están toditos, en Sabana Grande”, en no sé dónde. “¿Y cuántos son?”. “¡Ufff!, muchos”. El gordo me va a ayudar a buscarlos a todos y yo pido ayuda a todo venezolano que sepa dónde hay un niño, un grupo de niños. Porque ellos tienen sus sitios, ellos van por ahí en el día y se van en la madrugada a dormir debajo de un puente, en una plaza. Venezuela en esta nueva etapa, en esta revolución, no puede darse el lujo de tener niños abandonados.

UNA REVOLUCIÓN PARA LOS NIÑOS

Esta es una revolución de niños, van a la escuela, chico. ¡Por fin, Dios mío! Yo me acuerdo mucho de un muchachito en Zaraza, un catirito bachaco, así como yo cuando era niño en la sabana, muy avispa'íto y llegó a lavar el carro, en una de esas giras, hace como tres años. Andaba yo solo en el desierto, con dos o tres personas nada más, recorriendo de pueblo en pueblo. Entonces él llega corriendo y empieza a lavar el carro. “Pero, bueno, ¿quién te dijo que lavaras el carro?”. “No, no, yo lo lavo y usted después me da lo que pueda”. Le dimos qué sé yo, veinte, treinta bolívares y le brindamos una empanada ahí.

“¿Tú estás en la escuela, chico?” “No, no, yo no estoy en la escuela”. “¿Por qué no estás?” Entonces dijo: “Porque mi ‘amá’ no me ha ‘inscribió’”. Pero muy avisgado, con unos ojos muy avisgados, Dios lo cuide. “¿Y por qué no te ha ‘inscribió’ tu mamá, chico?”. “No se dice ‘inscribió’, se dice inscrito”, le dije yo. “Ah, me equivoqué”.

“Sí, se dice inscrito, no ‘inscribí’, no vuelvas a decir eso”, le dije yo. “Ok, yo no estoy inscrito”. “¿Por qué?”. “Porque mi mamá no tiene dinero y le están cobrando veinte mil bolívares y ella no tiene, pues. Yo apenas ando por aquí para comer, para llevar unas cuatro empanadas y comer con mi mamá”. Él vivía solo con su mamá. Ojalá ese catire hoy en día sea uno de los que se ha inscrito. Me imagino que sí, tiene que ser, seguro, porque es muy avisado y él quería ir a la escuela.

SOY FELIZ TRATANDO DE AYUDAR

Recibí la semana pasada a un niño que me estaba pidiendo una pelota. Él quiere jugar béisbol. A mí me da mucho dolor. Por supuesto, no voy a decir su nombre, porque es un drama familiar. Se separaron el papá y la mamá. El papá se fue para otra parte lejana del país con una nueva esposa. La mamá del niño se fue con un nuevo esposo para otro lado, y el niño se quedó con su abuela. Y la abuelita vive de alquilar dos cuartos en la casa que no es de ella. Está pagando la casa alquilada, pero alquila dos cuartos, y al abuelo le cortaron las dos piernas por la diabetes. La viejita anda buscando a ver cómo.

Ese muchachito está estudiando, pasó con 19 puntos para quinto grado. Él quiere jugar pelota, hermano, y allá fueron. Se sentaron en las sillas donde se sientan los jefes de Estado. “Siéntate ahí”, le dije. “Chico, mira a Bolívar”. Ahí está el retrato grande de Bolívar y la espada de Bolívar, la réplica y vean, este es el palacio del pueblo. El niño se fue con su pelota, con un batecito y además, le conseguimos una inscripción en la liga de béisbol menor que funciona allá en Miraflores. Bueno, yo soy feliz tratando de ayudar a alguien, aunque sea con una pelotica, con un abrazo. A la viejita vamos a ayudarla, a su esposo que está impedido, no puede caminar, la silla de ruedas no sirve, está vieja. Es un drama.

CUESTIÓN DE CONCIENCIA

Cuidado con el cuento aquel de un amigo mío de por allá, de los llanos de Barinas. Yo más nunca lo había visto, ni sabía que él había obtenido un tractor a crédito a bajo costo; ¡cuánto nos costó traer ese tractor de China! Aquí en veinte años los campesinos no tenían tractores, ni maquinarias.

Entonces lo veo a él por allá en un alboroto de gente, así como aquí, y le doy un abrazo: “¿Cómo estás tú, cómo te va, cómo está tu mujer, tus hijos?” Entonces él muy alegre me dice: “Hugo, te doy las gracias”. “¿Por qué?” “No, ya yo me arreglé”. “¿Qué es eso, qué significa?” “Bueno, el tractor que me prestaste.” Yo no se lo presté, se lo prestó el gobierno revolucionario, yo ni sabía que a él le habían prestado un tractor a crédito. Ahí me detengo, lo agarro por el hombro y le pregunto: “¿Qué es lo que has hecho con el tractor?, ¿cuántas hectáreas has sembrado?” “No, yo ahora no siembro, chico. Ahora lo que hago es alquilar el tractor y me he ganado ya como veinte millones de bolívares, compré una casa nueva, ahora soy rico”.

Fíjense la parte de la conciencia, él cree que eso es bueno. Yo lo regañé y le dije: “Tú eres un...”. Bueno no voy a decir la palabra. “¿Cómo tú vas a hacer eso?” Estaba explotando a sus hermanos porque tenía un tractor. Lo mismo que a él le hicieron durante mucho tiempo los dueños de la máquina, que le alquilaban el tractor y le quitaban un ojo de la cara, y todo el dinero, toda la ganancia se la llevaba el dueño de la máquina. Y esos campesinos trabajando toda la vida y nunca salieron de la miseria, esa es la verdad, ese es el capitalismo, esa es la perversión del capitalismo.

LA SOLIDARIDAD

En cada viejita que veo también recuerdo a Rosa Inés, que Dios tenga en su gloria, porque es la misma cara, son los mismos ojos pícaros, las mismas arrugas, es el mismo cabello largo y blanco. Es la misma bondad. Aquella anciana con un problema renal: “Se me tranca la orina”, me dijo. Ay, se le tranca la orina, Dios mío, la operaron, se le reprodujo no sé qué cosa, pero entonces la tienen acostada en una camilla que no tiene ni colchón. La camilla pelada, frío aquello, la pobre viejita.

Entonces está de medio lado porque no puede estar acostada de frente, de medio lado con una sonda y una bolsita, para que vaya drenando. Imagínese que usted quiera orinar y no pueda. Uno a veces anda por ahí corriendo a ver dónde orina, porque no aguanta. Imagínate que eso sea todos los días. ¡Qué sufrimiento para una viejita! Entonces ahí la tienen de medio lado y con la cabeza doblada porque no hay una almohada, una bendita almohada no hay.

Ahora, yo le pregunto a los médicos, ok, el hospital no tiene almohadas. Pero, ¿no hay un vecino en la esquina que pueda prestar una almohada a esta hora? Se supone que a esta hora todo el mundo está trabajando, no está la gente durmiendo. No todo el mundo puede estar acostado con una almohada. Vayan a buscar una almohada. Apareció una almohada a los cinco minutos, o a los tres minutos. Y le pusimos su almohada. Si hubieran visto cómo le cambió la cara cuando le pusimos su almohada. Esas son las cosas, esos son los detalles que hacen a los grandes pueblos. La solidaridad, el amor, sea quien sea.

TIENE USTED RAZÓN

Una vez en este mismo salón me reuní con un grupo de médicos cubanos. Nosotros tenemos que apoyarles en algunas cosas, porque a mí no me gusta que estén durmiendo por allá en esas situaciones que vi. Me trajeron unas fotos, y mandé a un equipo a inspeccionar. Bueno, la casa de los pobres, pues.

Entonces se paró un hombre como de cuarenta años y me dijo: “Presidente, no se preocupe. Yo vengo del África, donde dormíamos en la selva, a veces en el suelo. La situación allá es veinte veces más grave que la pobreza que ustedes tienen aquí”. Y me dio una clase ese médico porque me dijo: “Presidente, ubíquese usted en un barrio de estos. Supóngase que llegó usted, médico y al día siguiente, llega una cama con un colchón nuevo y la gente durmiendo en el colchón viejo. No, tenemos que dormir igual que ellos, no puede haber privilegios”. Y le dije: “Tiene usted razón, perdóneme en mi atrevimiento. Tiene usted razón, profesor de la verdad”.

ALÍ PRIMERA

Le escribimos a Alí Primera unos versos. En esos días se cumplieron quinientos años del “descubrimiento de América”, llamado así ¿no? En octubre del ‘92, estábamos en Yare. Entonces digo aquí:

*500 años de marcha sin rumbo
con barcos fantasmas
de velas sin viento con gritos sin eco
debajo de las piedras de todos los ríos sin cauce.*

*Cinco siglos de indígenas proscritos detrás de los montes
más allá de los caminos, en lugares sin tierra*

*en montañas sumergidas de dioses sin rostro
con mirada rocosa y sonrisas invisibles.*

*De niños sin mundo, como Santos Luzardo
el Cuiba aquel del Capanaparo que cruza mis sueños.*

*Su rostro de tierra se vino en el Catire, hijo mío
y sus ojos sin brillo me miran
desde los barrotes, desde las sabanas de Carabalí
y me grita su ausencia con antorchas que encienden
el agua del Caño Caribe Cuiba de Apure.
Volveré con 500 años a cuestas.*

ARTURO USLAR PIETRI

La vida, decía alguien, es como una obra de teatro. Yo recuerdo mucho al escritor Arturo Uslar Pietri. La vez que lo visité en su casa, lo conocí y le saludé. En esos días se había retirado de una columna que tenía en el diario El Nacional, y le pregunté: “Doctor, ¿por qué usted se retiró?” “Mire, antes que me echen –algo así me dijo–, porque la vida es como una obra de teatro, y yo me retiré a tiempo”. “Hay dos momentos muy importantes para un actor en una obra de teatro. ¿Cómo se entra en la obra, el momento en que el actor entra a la obra? ¿Cómo entra? Y el momento en que el actor sale de la obra”. Entonces él me decía: “Yo salí. Usted entró. Vaya a ver cómo va a salir de esta obra”.

EL GABO

Estuve esta madrugada hasta tarde con Gabriel García Márquez. Me ha regalado este libro, “Vivir para contarla”, tremendo regalo. Aquí recoge toda una vida, desde su niñez. Dice que cuando era niño ya era contador de cuentos, inventaba cosas y se ganó la fama en su familia de ser adivino. Es el realismo mágico en su máxima expresión. No hay nada como la lectura para meterse en el mundo de lo real y también de lo mágico, de lo maravilloso y sobre todo novelas como ésta, de un hombre que ya es leyenda, premio Nobel de Literatura y para orgullo nuestro, latinoamericano, colombiano y, además, gran bolivariano. Qué gran novela, “El general en su laberinto”. Él dice que su abuelo era coronel y de allí a lo mejor esa novela, “El coronel no tiene quien le escriba”. “Por aquí anda Bolívar”, le dijo un día el abuelo al niño García Márquez, cuando pegaba el retrato del Libertador. “Este es el hombre más grande que ha nacido en la historia”. Entonces el niño se quedó pensativo y le preguntó, recordando algo que le había dicho la abuela: “¿Simón Bolívar es más grande que Jesucristo?” El niño preguntón puso en dificultades al abuelo, que respondió: “Una cosa no tiene nada que ver con la otra”. Y el niño quedó con aquello de que esos dos hombres eran los más grandes de la historia.

Nunca olvidaré cuando le conocí en La Habana con Fidel, en enero de 1999. Él tenía que ir a Barranquilla y me dijo: “Bueno, deme la cola, pues, me voy mañana”. Estábamos allí un grupo y “El Gabo” quería conversar conmigo, hacerme algunas preguntas. Pero como siempre, Fidel no nos dio tiempo. Creo que fue el mismo Fidel quien propuso: “Váyanse en el avión conversando”. Y así lo hicimos, nos vinimos de La Habana a Caracas, unas tres horas conversando. Recuerdo que en algún momento quería tomarse algún licor y le dijimos: “No, en este avión no se bebe licor. Entonces una exclamación muy espontánea, muy latina. “Yo me he

montado en no sé cuántos aviones presidenciales y esto lo voy a escribir: “Primer avión presidencial donde no hay un whisky”. Y lo escribió. “No, aquí lo que hay es jugo de guayaba”. Nos tomamos como cinco jugos de guayaba entre La Habana y Caracas.

Desde aquí mi recuerdo, la admiración de este pueblo a Gabriel García Márquez, sus “Cien Años de Soledad”, su Laberinto, su General y su Coronel, su Macondo y sus mariposas amarillas y ahora “Vivir para contarla”, maravillosa novela, maravilloso ser humano el Gabo, que Dios lo cuide para siempre.

JACQUES CHIRAC

Recuerdo mucho a un hombre que es de la derecha francesa, mi amigo Jacques Chirac. Hace poco vino por ahí nuestro también amigo, Dominique de Villepin, fue ministro de Chirac. Estuvimos hablando varias horas y le recordaba: “Dominique, no te acuerdas la última visita que le hice a Chirac”. Es un buen conversador Chirac y un hombre muy efusivo. Estábamos en un almuerzo y yo con unos mapas que siempre cargo, explicándole ideas de Venezuela para el futuro: el ferrocarril y la faja del Orinoco, la petroquímica, la agricultura y los ríos, el Orinoco. Todo aquello. De repente se para Chirac y agarra la copa de vino y dice: “¡Brindo por Venezuela, que será una potencia mundial!” Yo me levanto y con humildad respondo: “Bueno, brindo, Presidente, pero no, no seremos una potencia, seremos un país desarrollado”. Y ripostó Chirac: “¡No le ponga límite a sus sueños!”

“¡VÁYANSE A SEMBRAR PAPA!”

Hace poco le disparé un cañonazo a una oficina y no quedó nadie. “¡Váyanse a sembrar papa!”, les dije. “¡Váyanse a sembrar maíz

allá en las costas del Orinoco!, pero aquí ustedes no sirven para esto”. A toditos les dije, como cinco funcionarios que tenían ahí veinte años y no querían procesar los papeles, porque ellos se iban a las tres de la tarde. Y yo le dije: “Dame acá el papel ese que tienes ahí en la mesa. ¿Tú lo vas a dejar ahí?”. “Sí, me acaba de llegar”. “Pero, ¿tú no ves que esto es urgente? Mira, una niña que hay que operar”. Yo mismo me puse a procesar el caso: “¿Vas a ir tú a tu casa dejando esto pendiente?” “¿Quién lo va a hacer, si es una niña que está grave, hay que operarla y necesitan dinero?”.

LA REINA

En una ocasión, en una cumbre en Centroamérica un presidente español le pregunta a Fidel sobre la democracia, que cuándo habrá elecciones en Cuba. Fidel responde: “En Cuba pudiera haber elecciones cuando ustedes elijan al rey”. Y el rey es el jefe de Estado en España, y es mi amigo, don Juan Carlos de Borbón y Castilla. ¿Voy a criticar yo la figura de la monarquía en España? Eso les corresponde a los españoles y españolas, es un problema de ellos. Allá tienen un debate, porque hay mucha gente que no está de acuerdo con la monarquía. En Francia, desde que le cortaron la cabeza a un rey, se acabó la monarquía. Lo hicieron a su manera, le cortaron la cabeza en la guillotina. Y esa fue la causa por la que contra Francia se fueron todas las monarquías europeas, invadieron Francia. Claro, el temor a la Revolución Francesa. Y lograron frenarla, desafortunadamente. Esa fue una de las razones por las que Francisco de Miranda, que estaba por allá lejos, se vino a Francia. Se puso a la orden de Bonaparte y montó a caballo como Mariscal de Francia, a defender la Revolución Francesa.

En Inglaterra igual. Allá está una reina, la reina Isabel. La conozco. No puedo decir que es mi amiga, porque una sola vez la

fui a visitar. Una dama muy respetable. Recuerdo que cuando me estaba bajando del carro, vi una monedita en el suelo y la recogí. Era una moneda con la cara de ella. Una casualidad, estaba en el suelo, en la calle, y me la meto en el bolsillo. Cuando me veo con ella, se la doy. “Me conseguí esto. Dicen que es buena suerte. Se la dejo aquí”. Ahora, ¿ustedes saben quién es el jefe de Estado en la mayor parte de los países vecinos a Venezuela, del Caribe Oriental? ¡La reina de Inglaterra! He ido a esos países. Está un Primer Ministro que es elegido por esos pueblos. No tiene límite de tiempo la reelección, el jefe de Estado está allá en Londres. ¿Con qué moral nos van a criticar a nosotros y por qué eso no lo critican? A nadie le han preguntado en esos países si reconocen como jefe de Estado a la reina de Inglaterra. ¿Por qué no hacen un referéndum?

ME LLEVARÉ UNA ROPITA

Les voy a decir algo, para que ustedes vean hasta donde ha llegado el mundo. En una ocasión llegaron a plantearme, un alto jefe político de un país determinado, que las comisiones esas que en el mundo se pagan y se cobran, por ventas de cualquier cosa, que “eso es normal”. Yo le dije: “No me hable de ese tema, no quiero ni hablar de ese tema”. Es la descomposición, la ambición. Les pido a todos los que me puedan estar oyendo: vamos a mirar a Jesús en el burriquito, vamos a montarnos en nuestro burrito con humildad. Les juro una vez más, delante de Dios y delante de todos ustedes: si salgo vivo de este compromiso, yo no voy a tener casa propia, y me voy a morir sin tener casa propia. No me importa. Ni quiero casa propia. No voy a tener carro propio. Los regalos que me han dado, algunos muy valiosos. Un regalo, por ejemplo, que me hizo llegar una vez nuestro hermano –fallecido en circunstancias extrañas, por cierto– Yasser Arafat. Una vez me llegó una gente de Pales-

tina con una invitación para pasar allá la Navidad, en Jerusalén. No pude ir. Era 2001 cuando aquí se prendió aquel berenjenal de la locura, de la violencia inyectada por los medios. Yasser Arafat me mandó una vez un regalo, el escudo venezolano hecho con joyas, perlas. Bueno, eso vale millones de dólares, porque además los colores amarillo, azul y rojo, son colores naturales. ¿Cómo se llama esa concha?, ¿nácar? Además, con la explicación que mandó Arafat, de dónde trajeron las piedras preciosas, del mar de no sé dónde. Una cosa bellísima. Y me han regalado no sé cuántos relojes, que hasta me da pena ponérmelos. Una vez me puse uno, no sé por qué lo agarré. ¡Me pelaron!, por ahí, en una columna: “Mira a Chávez, los relojes”. ¡Ninguno es mío, nada de esto es mío! Bueno, por lo menos una ropita me llevaré. Humildemente invito a todos los que estamos gobernando, a que hagamos lo mismo.

LA TRAGEDIA DE VARGAS

Yo tuve un sentimiento tan hermoso cuando por fin el primer barco de la Marina pudo llegar a la orilla de la playa por Caraballeda. Porque la playa estaba bloqueada, unos cien o doscientos metros de playa estaban bloqueados por troncos y piedras. Los barcos no podían llegar a la orilla, solo en helicóptero uno podía ir y venir, por tierra imposible. Queríamos meter los barcos estos, de los que caben tres mil personas, para atracarlos lo más cerca de la playa. Porque esos barcos, como son planos por debajo, llegan a diez metros, lo más cerca posible, y con unas cuerdas la gente va entrando al barco. Son barcos gigantescos, de transporte de tropas, de infantes de marina más que todo.

Por fin logramos meter el primer barco, se fue apartando un poco el oleaje y encalló el barco cerca de la playa. Dos cuerdas y los infantes de marina a la playa. Nosotros aterrizamos al instante,

cuando me informaron por radio que el barco estaba listo. Era impresionante ver de dónde salía tanta gente de Los Corales y Caraballeda. Me habían dicho que ahí no había quedado nadie con vida y resulta que no, chico. Debajo de las piedras, detrás de las matas, debajo de los techos de las casas, de túneles que había entre las piedras gigantescas, salían niños, mujeres, hombres, ancianos.

¿Sabes lo que yo vi ahí? Vida. Yo dije: “Hay vida por todo esto. Dios mío, cómo sobrevivió esta gente”. Se pensaba que eso era una especie de camposanto. Y no solo que salió la gente, haciendo una cola larguísima como de tres mil, cuatro mil personas que iban agarrándose unos a otros. No solo eso, sino verle los ojos a aquella gente, verles la vida, verles el dolor, pero por otra parte el optimismo, la entereza moral. “¡Aquí estamos!”, decían, “y con mi viejo y con mi abuela”, y algunos con su perrito, haciendo una cola a la vida. Y aquel barco con sus puertas grandes abiertas y rumbo a la vida.

CADENA NACIONAL

Mañana sí es verdad que no nos salva ni “bambarito” de la cadena nacional a las siete y media. Se salvarán de un pasmo, pues, a los que no les gusta esto, porque yo sé que a la mayoría les gusta. Bueno, por ahí decían que las mujeres están bravas. Mentiras. Incluso hace poco andaban tres muchachos con sus novias por allá por Caracas, en una esquina. Yo iba manejando y me paro en el semáforo: “Chávez, ¿cuándo hay cadena?” Yo pensé que era para criticarme y les dije: “Bueno, ¿a ustedes les gusta?” “Sí, vale, eso es muy bueno porque nos estás enseñando. No te dejes, hazlo, cada vez que tú quieras, nosotros, los jóvenes, queremos saber”. Y es verdad, porque ellos oyen, toman nota.

Hace poco estábamos viendo la luna y Rosinés me preguntó: “¿A cuántos kilómetros está la luna, papá?” Me pregunta tantas

cosas, como todo niño. Al fin concluyó ella: “El universo sí es grande, ¿cómo nació el universo?”. Estábamos sentados en un patio; yo le digo varias ideas. Una de ellas es que Dios lo creó. “¿Y eso es verdad?”. Le dije: “Sí, creo que sí, pero nadie lo vio”. “Pero, ¿qué trabajo le costaría a Dios hacer todas esas matas y todo esto?”. “Sí, trabajó mucho”. Y ¿saben lo que me dijo?, en el fondo un reclamo. “Sí, pero Dios descansó el domingo, ¿verdad? ¿Por qué tú ni siquiera los domingos?, porque tienes ‘Aló, Presidente’”. Ja, ja, ja, por ahí se fue la Rosinés.

Al país hay que decirle, “Aló, Presidente” no descansará. Así que mañana, a los que me critican, se salvarán de un pasmo, pero no de la cadena nacional. Con todos los hierros.

FLOJO, NO

Un revolucionario flojo, no. Un trabajador flojo, no. Hay un chiste de dos compadres que estaban cada uno en un chinchorro allá, flojeando como a las dos de la tarde. La hora del burro. Y le traían café las mujeres y tenían que darle café en la boca. Le echaban aire y ellos no se movían, ¡nada! Ni hablaban de la flojera. De repente le dice uno al otro: “Compadre, ¿qué será bueno pa’ la picada de culebra?”. Entonces, el otro le dice: “¿Qué fue compadre?, ¿te pico una culebra?” Y dice el otro, de la madre de la flojera: “No compadre, pero allá viene una y me va a picar”.

EL QUE TENGA OÍDOS...

Aquella señora del Washington Post iba preguntando: *¿What its Saddam Hussein?, ¿what do you do? ¿Are you friend of Fidel Castro, President?* Y yo: *yes, yes, yes, he is my friend. Fidel Castro is my friend.* Entonces

iba manejando y la periodista haciendo preguntas de todo tipo, las preguntas que ellos siempre hacen. “Se dice en mi país que usted eliminó la democracia”. ¡Sí! “¿Se dice allá en el país suyo?”. “¿Y quién dice eso?”, le pregunto. “Allá se dice, versiones”. Estábamos llegando a Macuro, un niño allí en la carretera y yo freno. “¡Hola, hijo!” Y él sale a saludar. Le preguntamos algunas cosas y yo le digo a ella: “Si tiene ojos, vea; si tiene oídos, oiga”. Entrando a Macuro sale un grupo de personas, entre ellos un señor que es un gran pelotero de Macuro. El campo de Macuro de béisbol lleva su nombre y además son familiares del gobernador de Cojedes, el comandante Johnny Yáñez Rangel. Te mandaron saludos, Johnny, tu tía de Macuro. Allá en toda la entrada estaba la familia. Se acerca este señor y la periodista preguntando sus cosas y que por qué aquí la democracia, que no sé qué más, que no sé qué cuál. Le digo: “Acérquese caballero. Hola, ¿cómo está?”. Le pregunto: “Amigo, ¿usted votó por la Constituyente, el referéndum aquel?” “Claro, sí, aquí todos votamos por el Sí”. “¿Y por qué?”, le pregunto. Una pregunta que cruzó el espacio inmenso de la verdad y una respuesta salida de la espontaneidad del pueblo. Le dije a la periodista: “No vaya a pensar usted que esto está preparado”. No, no, eso es una cosa espontánea del pueblo. Venimos llegando, un señor se acerca a saludar y yo aprovecho para trasladarle al pueblo la pregunta que me está haciendo ella, y le dije al señor. “¿Por qué usted votó?”, “¿y por qué todos ustedes votaron a favor de la Constituyente?” Y él responde cortico y rápido como es el pueblo; el pueblo es rápido y sabio. “Porque aquí lo que había era una porquería”. Solo agregué: “Tome nota si usted quiere, señora periodista”.

FEMINISTA

¿Ustedes saben ese cuento de María León? “Presidente, que las mujeres queremos desfilas en el Campo de Carabobo”. Y yo que

soy muy de las mujeres, feminista, respondo: “Pero, ¿cómo te digo que no?”. Y nos llevamos para allá a un poco de gente: desfile de las mujeres. Empieza el desfile, y pasan grupos de mujeres, ¡qué disciplina! Ellas se paraban ahí, y, entonces, la gente: “Pero sigan, caminen”. ¿Qué van a estar caminando? ¡Tiraban flores! Cada grupo se paraba un rato al frente de la tribuna, venían de bloques. Pasaba una por una, aquel desfile interminable. Iban seis horas ya. Entonces, yo miro para allá y veo grupos. ¿Qué es lo que estaba pasando? ¡Daban la vuelta otra vez!, daban la vuelta por allá, era un ciclo interminable. Yo dije: “Mira, María, yo seré feminista, pero no, tenemos que terminar esto”. Por fin llegamos a un acuerdo, que no fue fácil. Llegamos a un acuerdo que donde iban pasando y se iban parando al frente, que yo les hablara. ¡Ah!, bueno, listo, arreglado el problema. Pero iban llegando nuevas, las que estaban en el público se metían al desfile. A veces llevaban al compañero casi a rastras. Maravillosas esas mujeres.

APURO PRESIDENCIAL

Ustedes no se acuerdan de la última voladura en el túnel aquel del ferrocarril Caracas-Tuy. A mí me llevaron a dar el último golpe con una máquina para tumbar una pared. “Eso usted lo tumba en cinco minutos”. Tú te ríes, ¿eh? ¿Saben lo peor, lo que nadie supo en ese momento? Ahora lo digo y me río. Yo andaba con un cólico, compadre. Es decir, tenía diarrea. Soy un ser humano como cualquiera de ustedes. A veces la gente se olvida de eso. Yo me monto en la máquina y empiezo a sudar frío, y dale, pum, pum, pum con la máquina. Yo no le daba donde era. Y dale, dale y yo sudando y apreta'o, apreta'o aquí abajo, y me volteaba en la silla para allá, para acá y aquel sudor que me corría, Dios mío, ¡en Cadena Nacional de Radio y Televisión!

A alguien se le ocurrió mandar cadena, sin yo saber. Imagínese usted una cadena por radio donde lo que se oye es una máquina: pum, pum, pegando contra una pared de rocas y alguien tratando de narrar. Y yo pariendo, porque de verdad estaba pariendo. El sudor me nublaba los ojos, no veía con el polvo aquel que lo tapaba todo. No podía tumbar la piedra, hasta que por fin le dije al señor de la máquina: “Compadre, túmbela usted que yo voy a pasarme aquí todo el día”. ¡Y él la tumbó en cinco minutos!

Salgo yo caminando apretadito y paso por el orificio que se abrió en la pared que dividía aún el túnel. Imagínense ustedes, uno con esas características fisiológicas, en la mitad de un túnel y en Cadena Nacional de Radio y Televisión. ¡El pobre Chávez! ¡Solo le pasa eso a Chávez! Paso toda aquella polvareda a ver qué consigo, aunque fuera una mata de monte por ahí cerca. Y lo que consigo al frente es como a cien periodistas enfocándome, preguntándome. Yo con aquel casco puesto, me decía: “¡Dios mío, trágame tierra, llévame de aquí, Dios mío!” Y les dije: “Señores he concluido, por favor, estoy apurado, abran paso”.

Lo único que había era una carretera interna en el túnel, no estaban ni los rieles y lo único que veo es un autobús. Me monto al autobús. Dejé la seguridad atrás, que seguridad ni qué cipote. Le digo al chofer: “Compadre, prenda y arranque”. Y el hombre sorprendido. “¡Arranque!, o le dejo aquí...” No les voy a decir lo que le dije. ¡Y las cámaras detrás de mí! Claro, los camarógrafos inocentes, ellos no sabían el drama que yo estaba viviendo. Ellos pensaban que se la estaban comiendo. El ministro de Infraestructura, el general Hurtado, venía tras de mí y me gritaba: ¡Espéreme, presidente! Y yo le decía: “¡No espero a nadie, compadre. Me voy!” El chofer prendió el autobús bajo amenaza mía y arrancamos los dos solitos por el túnel. Un muchacho de seguridad, corriendo duro, alcanzó a engancharse y se subió. Y yo: “¡Dale duro, compadre!” Porque, ¿dónde me paro yo en un túnel a hacer lo que tenía que hacer?

Y rueda y rueda, ra, ra, ra. ¡Eran varios kilómetros! Y por fin veo allá la salida del túnel. “¡Dios mío, me salvé!” Cuando por fin el autobús salió del túnel, le digo: “ ¡Párate aquí!”, y me bajo apurado. “¡Gracias compadre, hasta la vista!” , le grité. Y en eso vienen como cuarenta trabajadores que estaban allí esperándome y gritando: “¡Chávez, Chávez, Chávez!” “¡Dios mío, ten piedad de mí!” Los saludé. No sé de dónde saqué fuerzas para aguantar aquello. Y les digo: “Compadre, ¿dónde hay un baño por ahí?”. “Mira, allá hay un tráiler de los ingenieros”. Había que subir, además, era una subida por una carreterita. “Ya vengo, chicos, voy al baño un segundo, espérenme aquí”. Ya las cámaras se habían quedado atrás, me salvé de ellas.

Cuando voy llegando al tráiler, compadre, salen cuatro perros de esos grandotes, gigantescos, bulldog, una cosa de esa. Bueno. Es que los perros no conocen a Chávez y menos en una situación como esa. Por fin los llamaron, tuve que pararme a esperar que los amarraran. Y llegué, ¡ahh, la salvación! Después yo me dije: “¡Esto le pasa sólo a Chávez, a más nadie en este mundo!”

NI CON PELUCA

Una vez, estábamos con Freddy Bernal. Íbamos a una reunión para Falcón y yo andaba con una peluca. Entonces se me queda mirando el muchacho que trajo la sopa de chivo y unas arepas. Era tarde en la noche; él me miraba y yo, tú sabes, ni hablaba, comiendo ahí con la cabeza bajitica. Cuando fuimos a pagar, él no aguantó y dijo: “Oye, tú te pareces a Chávez, pero con cabello largo”. “No, chico, tú estás loco, que Chávez ni que Chávez”. La peluca era muy mala, me la compró Bernal, pero de esas bichas baratas. No teníamos ni una peluca buena, además tenía un mechón por aquí como verde, como waperó. Un mechón verde

que yo lo tapaba ahí, y hasta le eché color con un marcador, pero nada, waperó se quedó. Entonces, ya era de madrugada, veníamos de Maracaibo, saliendo de Carora. Me meto al baño y cuando estoy en el baño, parado ahí donde uno va, vienen dos tipos borrachos, o medio borrachos, tú sabes. Se me quedan viendo, y yo incómodo, muy incómodo porque estaba en el baño, pues, haciendo pipí. Le dice uno al otro: “¡A que es Chávez!” Habían apostado una caja de cerveza a que era Chávez. ¡Qué tremenda peluca!, ¿verdad? Se ganó la caja de cerveza y yo tuve que beber un trago ahí con ellos, a celebrar y, claro, me quité la peluca. “Quítate eso Chávez, qué vas a andar tú así. Todo el mundo te conoce”.

Otro día iba yo con la peluca y un sombrero manejando por no sé dónde, Táchira creo que era, y aparece una alcabala de la Guardia Nacional en el camino. “¡Ay, Dios mío, la Guardia!, ojalá que no me pidan cédula”. Entonces, bajo el vidrio y me dice el guardia: “Mi Comandante, tenga cuidado con el carrito que es del DIM, que lo anda siguiendo” ¡Qué tremenda peluca! Todo el mundo sabía que era yo que andaba con una peluca.

Yo me disfrazo a veces para ir a un sitio de esos así, ¡ras!, puntual. Otra vez era una reunión para darle una sorpresa a un ser de lo más amado de mi vida. Me enteré que estaban reunidos en un sitio y le dije a éstos: “Vamos, peluca”. Entonces alguien me trajo una peluca, pero así abierta por aquí, ¿no?, como de indio. Y entonces llegué y, cuando me bajo en el sitio, dice alguien: “Ahí va Evo”. Yo me reía mucho porque dije: “Es peor la cosa, porque no van a decir ‘ahí va Chávez, ¡agárrenlo!’ ¡No! Van a decir: ‘Ahí va Evo, ¡agárrenlo!’” Me parecía mucho a Evo, en verdad, con una peluca abierta aquí en dos.

¡Ay, Dios mío! Yo cuando salí de la cárcel, me divorcié. Tenía una novia y una noche fuimos a la “Hawaii Kai”. Tiene unas cabañitas por allá, y yo me metí pa’ las cabañitas, no andaba disfrazado nada, andaba ahí bien agarraíto. Empezamos a conversar y esta-

ban tocando música, unas gaitas, era como diciembre. Viene el mesonero, un timbre ahí, le dije: “Compadre, no vaya a decir que estoy aquí, por favor, te lo ruego. Quiero estar un rato aquí nada más”. “No, Comandante, no se preocupe”. ¡No! Al ratico estaba el animador, allá: “¡Saludamos y bienvenido, el comandante...”. Me tuve que ir, porque fotos y no sé qué más. “Gracias, gracias”. Bueno, pero todavía de vez en cuando me disfrazo y hasta de Evo.

LA GAROTA

Como una vez una cumbre de presidentes que hubo en Europa, y estábamos los presidentes alineados para la foto. De repente, de allá de entre los periodistas que están con las cámaras y eso, sale una despampanante mujer casi desnuda, ¿cómo llaman?, una *garota*. Yo me reí mucho y aplaudí. Otros se quedaron ahí como paralizados. Vine yo y dije algo que no le gustó a algunos allá: “Lo mejor de esta cumbre ha sido esto”. El único que aplaudió fui yo, “aplaudamos, mira qué belleza”, ¿ah? “Lo único bueno fue la *garota*, que la llevó Néstor Kirchner”, dije yo después, bromeando. Porque ella salió con una pancarta, no me voy a referir al tema de la pancarta. Nadie vio la pancarta.

Bueno, a mí una vez me llevaron a un barrio en Río de Janeiro. Le dije a Lula: “Mira, esto es un atentado”. Nelson Merentes era ministro, estaba a punto de infarto. Yo me controlé ahí más o menos. Era una escuela de samba y salieron unas *garotas* a bailar. Pero demasiado cerca, compadre, demasiado cerca. Yo me puse así, me rasqué aquí, me agarraba allá. Pero ella estaba ahí a medio metro y aquel movimiento, una cosa mágica. Era una diosa y además quería que yo bailara. “No, no, qué voy a bailar yo contigo, sigue tú estremeciendo al mundo”.

MAMADOR DE GALLO

¿Tú sabes qué me pasó ya siendo Presidente? Secuestran aquí, en el llano, a una señora ya de cierta edad. No voy a decir nombre porque hay que respetar, pero el chiste es bueno y fue verdaíta. Una señora como de sesenta años, por ahí, y entonces me llaman unos conocidos. Yo me intereso como en cualquier caso, conozca o no conozca a la persona. Pero una dama, ya de esa edad, uno se preocupa; no que está enferma, pobrecita, ¿dónde la tendrán? Unos bandidos, pues. A los tres días la rescatamos y, según me informaron, no se pagó nada; estaban pidiendo plata. Yo llamo al marido de la señora para felicitarlo y resulta que está bravo conmigo: “Nunca te perdonaré ésta”. Y digo: “Pero qué, yo no tengo la culpa de que la hayan secuestrado”. “No, pero sí de que la hayas rescatado tan rápido”. ¡Miren!, me pasó verdaíta, verdaíta. ¡Claro!, yo creo que él me lo dijo fue mamando gallo. Mamador de gallo.

LA FELICIDAD

La felicidad ja ja ja, me la dio tu amor, jo jo jo. ¿Quién cantaba esa canción? Hoy vuelvo a cantar gracias al amor y todo gracias al amoor... ¿quién cantaba esa canción? Como no te vas a acordar, Yadira, que tampoco tú eres de los años '80. Y “Los claveles de Galipán”: Con los Claveles Galipán, con los Claveles Galipán ahí van. Son los claveles que se dan en Galipán. Oye vale, yo viví. Esa es la alegría propia de nuestro pueblo. Allá los amarga'os que andan todo el tiempo con la cara así y no sé qué más y ¡fuera Chávez! Qué cosa ser amarga'o, da úlcera, y quita el sueño. Creo que produce hasta impotencia la amargura. Sí, eso está escrito, pregúntenle a los médicos. Pregúntenle a Bianco que él ha hecho estudios de esos y que tiene todos los sábados en la noche un programa en la televisión:

“Con sexo”. Hay que verlo y tomar notas. *La felicidad ja ja ja ja, me la dio tu amor, jo jo jo.*

A veces ponen unos programas en algunas emisoras de música romántica y te dicen, con una música de fondo: “A continuación vamos a deleitarnos con una canción de esas que arrancan el corazón”. Y entonces ponen una canción que dice: *Estoy en el rincón de una cantinaaaa. Oyendo la canción que yo pedí. Me están sirviendo ahorita mi tequila y ahí va mi pensamiento rumbo a tí.* O esa otra que dice, todo romanticona: *Parece que fue ayer, eras mi novia y te llevaba de mi brazo. Parece que fue ayer, cuando dormido yo soñaba en tu regazo. Soy tan feliz, pues sigues siendo de mi vida la fragancia. En nuestro amor nunca ha existido la distancia, que Dios te guarde por hacerme tan feliz.* Bueno, pues ponen esas canciones y entre una y otra meten el venenito. *Es azul, el amor es azul.* Las muchachas no saben de eso, es cosa de viejos, ja ja ja. Hay Dios mío. *Soy tan feliz, pues sigues siendo de mi vida la fragancia. En nuestro amor nunca ha existido la distancia, que Dios te guarde por hacerme tan feliz.*

Me gusta mucho esa otra, “Candilejas”; es otra época, el siglo pasado. Ustedes no saben nada de eso porque no habían nacido: *Entre Candilejas te adoré, entre candilejas yo te amé. Aunque sé que nunca volverás, entre candilejas yo te amé, entre candilejas te adoré. La felicidad que diste a mi vivir se fue, no volverá, nunca jamás, lo sé muy bien. Y aunque sé que nunca volverás yo te esperaré en aquel lugar... ¡Sí al amor!. Es más que amor, frenesí.*

ÉXITOS DE SIEMPRE

Por ahí conseguí a mi hija María, hace unos días, muerta de la risa, pero muerta de la risa. “María, ¿de qué tanto tú te ríes?”. “Papá, que estoy oyendo el último disco grabado por ti”. “¿Cómo?” “Sí, éxitos de ayer de Chávez”. La Teresita Maniglia ha montado un

disco, vale, como yo canto en estos programas. Yo canto muy mal, pero créanme que lo hago igual. No importa. Entonces la Teresita grabó y aparecen unas rancheras. ¡Ah! que yo cantaba no sé qué más, entonces yo canto una ranchera, “México lindo y querido”, y ella le pone música de fondo.

De repente estoy cantando yo, pero pésimo, y además, para mayor agresión le da continuidad a la canción en la voz de Vicente Fernández. ¡Imagínate!, el contraste entre Vicente Fernández y el desastre de mis canciones. Bueno, y las canciones llaneras y no sé qué más. Por ahí anda ese disco, “Éxitos de Siempre”, Hugo Chávez. Y María muerta de la risa.

CONSTANZA Y OUMARÚ

Había una vez una niña llamada Constanza. Constanza tiene diez años y vive en una bonita urbanización de Caracas. En la mañana se mete bajo la ducha y en quince minutos gasta unos cien litros de agua. ¿Qué te pareció? Ella vive con papá, mamá y sus dos hermanitos. La madre gasta ochenta litros de agua al día en sus labores domésticas, y quinientos litros a la semana para lavar la ropa. Cada día Constanza y su familia gastan unos dos mil litros de agua potable; en un mes sesenta mil litros; en un año más de ochocientos mil litros. Colorín, colora'o, el cuento se ha terminado.

Este es otro cuento. Oumarú es un niño de diez años que vive en un continente llamado África. En la aldea donde vive Oumarú no hay ningún río. Muy temprano, él y su mamá salen de la casa con unos recipientes que llevan sobre sus cabezas. Comienzan una caminata de siete kilómetros que les lleva a un riachuelo. Entre ida y vuelta tardan unas cuatro horas. Oumarú y su mamá se bañan en el riachuelo y la madre aprovecha para lavar la ropa. De regreso, bajo el ardiente sol, traen unos seis litros de agua no potable. Con

esa pequeña cantidad de líquido cocinan los alimentos, sacian su sed y hacen las tareas domésticas. Caminan unas mil trescientas horas al año para buscar agua; en un año consumen unos dos mil litros. Al otro lado del mundo una niña llamada Constanza y su familia gastan esa misma cantidad en un solo día. ¿Qué les parece? Colorín, colora'o el cuento se ha terminado.

Bueno esto tiene que ver un poco con las realidades del mundo. Termine el comentario diciendo lo siguiente: uno que ha tenido la ocasión de visitar países como Arabia Saudita, Irán, Irak, Libia, para ellos un pocito de agua vale oro. Nosotros fuimos favorecidos, por la mano de Dios y de nuestra naturaleza, que tenemos ese gran Orinoco, Apure, Arauca, Capanaparo, Caroní, Caura, y grandes lagos. Somos uno de los países que tiene más agua dulce en el mundo. No la malgastemos. Cuidémosla y cuidemos con ello el equilibrio en el mundo.

LLEGÓ EL MEME

Yo no sé hasta dónde hubiese llegado mi estado de salud aquella madrugada en que me picó un gusano. No le hice caso, incluso, más bien lo aparté. Puse el gusanito por allá, pobre gusano, parece que tenía frío y yo le puse la mano a un lado, a una piedra y, ¡tan! Apenas sentí como la picada de un zancudo. Pasan como diez minutos y comienzo a sentir un dolor muy intenso. Pocos dolores en mi vida he sentido así. Y se fue paralizando la mano. Yo todavía la movía, me golpeaba la mano, cuando siento que entonces comienza el veneno a subir por acá, me llega por aquí, ahí me preocupo. Yo siento que se me va durmiendo el brazo, me llega al hombro y empieza a extenderse así al pecho, menos mal que era del lado derecho. Como yo fui enfermero en la Academia Militar, a uno le daban un curso de un mes para ir a una maniobra. Yo andaba con

un maletín, con una cruz roja. El que se me atravesara lo inyectaba o le mandaba una pastilla negra que me dieron ahí. Eso sirve para todo. Entonces tengo nociones de primeros auxilios que a uno le dan en el Ejército. Cuando yo sentí que esto empezó a pasar para acá, dije: “¡Ay, mamá!” Si me agarra la vía respiratoria y se tranca uno aquí, puede haber un paro respiratorio y más acá está el corazón.

Entonces fue cuando llamé a los muchachos que estaban de guardia y apareció Barrio Adentro, apareció el “Meme”. Él llegó corriendo allá. No lo conocía, yo estaba retorciéndome del dolor, agarrándome aquí, buscando hielo. Eran ya como las dos de la madrugada, y llegó Meme. “¿Y qué le pasó, Presidente?”. “¿Y quién eres tú?”. “El Meme soy yo”, me dijo. “¿Y de dónde vienes tú, Meme?” “No, yo soy médico cubano”. “Muchacho, ¿y cómo te consiguieron?”. “Bueno, yo estaba por allí en una reunión, es que ando con un grupo allá en el hotel”. Y allá llegó Morales y se lo trajo. Inmediatamente le dije: “Mire, me picó un gusano”, y pasó esto, ta, ta. Me inyectó, me aplicó hielo, primeros auxilios, pues, y se detuvo el avance. Yo no sé hasta dónde eso ha podido llegar.

CON VERRUGA Y TODO

Es tremenda película, la recomiendo. Yo veo mucha película de madrugada, me acosté como a las tres pero a las seis ya estaba despierto. Ahora, fíjense, ¿qué pasó? El niño incluso admira al ladrón. El juego es de robar bancos y mientras tú mates más y más sangre haya, más puntos ganas, eres campeón. Mientras más policías mates y mientras más dinero robes. ¡Díganme ustedes, si esos no son los videojuegos que juegan los niños! Sí, yo a mi hijo, hace varios años —todavía estaba pequeño— lo conseguí un día jugando. Me senté a ver y le dije: “Oye, pero qué jueguito”. Incluso

un día él me llamó y me dijo: “Papá, conseguí uno donde tú eres el blanco”. ¡Hicieron un juego donde Chávez era el blanco! ¡Había que matar a Chávez, con verruga y todo!

LOS JAMAQUEO

Yo tengo una dicha, que la gente no me dice Presidente, sino Chávez. Y de repente me dicen: “¡Eje!, Chávez”. Así me dicen y yo respondo igualito, así como uno gritaba en el llano de una esquina a otra. De repente, hay un autobús lleno de soldados y tú sabes que el reglamento dice que el soldado ve al Presidente ¡Alto!, y frente. Si el Presidente viene caminando, darle el frente al Presidente y saluda de una vez, firme como una espiga. Ahora los soldados hacen igualito que la gente: “¡Eh, Chávez!” y sacan el casco así por la ventana del autobús y yo, feliz, les grito: “¡Ey!”, y les digo: “Bueno, vale, ustedes están muy tiesos”. “¿Qué pasó?” y me les meto y los ‘jamaqueo’.

PATARUCOS

Les doy la bienvenida a los candidatos presidenciales que están saliendo. Ojalá que no salgan “patarucos”, que no vayan a salir corriendo, como un gallo que tenía mi papá. Eso fue en Santa Rosa de Barinas, en unas fiestas patronales. A mi papá le prestaron un gallo, no era de él, mi papá nunca tuvo gallos. Entonces va con el gallo y uno ilusionado. Y Papá: “Este gallo no pierde, este gallo es bueno, me lo prestó mi compadre Julián”, y no sé qué más. Había un gallo apureño ahí que se veía bueno. Vengo yo y apuesto el bolivita, el único que tenía para la fiesta, para comprar helado y dulces y el algodón, ese de azúcar, y montarme en la rueda de la

luna, una cosa de esas. Apenas mi papá se agacha y pone el gallo, yo pensé que ya le saltaba encima. ¡El gallo de nosotros pegó un solo brinco y salió de la gallera, chico! Hubo que perseguirlo por la calle, “¡párate gallo!”. El gallo pasó la esquina. Bueno, ojalá que los candidatos no vayan a hacer como el gallo aquel de mi papá. Vamos hasta el final, hasta el día, y que hagan lo normal.

NO VOLVERÁN

Imagínense que esa gente regresara a gobernar el país, sería el caos más grande. Por eso más nunca volverán. Volverá Rintintín, volverá Supermán, volverá Tarzán y puede ser que vuelva Kalimán. Pero, esa gente, no volverá. ¡No!